

LIBROS

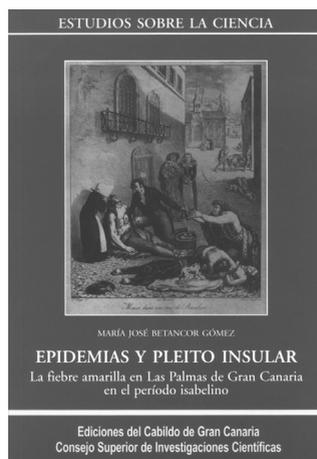
RESEÑAS

MARÍA JOSÉ BETANCOR. *Epidemias y Pleito Insular. La fiebre amarilla en Las Palmas de Gran Canaria en el período isabelino*, Madrid, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria / Consejo Superior de Investigaciones científicas, Colección Estudios sobre la Ciencia, 2002, 226 pp.

Son pocos los estudios realizados sobre historia de la medicina en las islas Canarias y cualquier aportación resulta especialmente importante. Pensemos en el enclave de las islas, y sus puertos, parada obligada para todas las naves desde el descubrimiento de América. Y pensemos en su cercanía a África y su lejanía de la Península, lo que le otorga unas características muy especiales.

El libro, perfectamente estructurado, comienza con un muy útil marco histórico que nos sitúa en las condiciones política, económica, demográfica y social de las islas Canarias en el XIX. Aborda después la más temprana de las epidemias, la de fiebre amarilla de los años 1810-1811 y en siguiente capítulo la de 1838, estudiando el proceso desde comienzos de los años treinta, lo que nos permite una visión más amplia de las actuaciones y situación de las autoridades frente a las epidemias, que son después estudiadas detalladamente. Analiza después el período entre la fiebre amarilla de 1838 y la de los años 1846-1847 para estudiar seguidamente ésta epidemia, tanto en Santa Cruz de Tenerife como en Las Palmas de Gran Canarias, con sus características particulares. Trata por fin de las epidemias de la segunda parte del siglo XIX, cólera y después fiebre amarilla y también su desarrollo en los dos grandes núcleos canarios. Al final, realiza un muy interesante análisis y ofrece unas conclusiones sobre el desarrollo de las epidemias y, sobre todo, de cómo enfrentaron las autoridades y los diferentes grupos sociales las grandes epidemias.

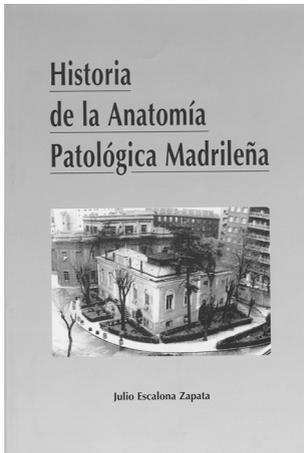
Este libro, pues, basado en un período muy específico de la historia española, el siglo XIX, agitado políticamente, caracterizado por luchas y enfrentamientos, nos muestra como se abordaron las terribles epidemias de fiebre amarilla, tan propias de los puertos. El análisis es temporal, relacionado con el momento histórico en que se produce cada una, pero además institucional, en cuanto estudia también quiénes y cómo se enfrentaron a la epidemia. Pero además analiza todo tipo de repercusiones que esas enfermedades tuvieron en la sociedad, lo ocurrido en los períodos intermedios, e incluso, como situación comparativa, como especial situación administrativa, como se desarrolló la epidemia de cólera de 1851.



Utilizando una enorme cantidad de fuentes de archivo, lo que le hace un estudio completamente original, no sólo hace la autora un trabajo de recopilación de documentos y de exposición de ellos, sino unos análisis muy agudos e interesantes sobre las situaciones y las formas de manejo de las epidemias por parte de las autoridades insulares que demuestran su capacidad como historiadora.

Raquel ÁLVAREZ PELÁEZ

JULIO ESCALONA ZAPATA. *Historia de la Anatomía Patológica Madrileña*, Madrid, MacLine, 2003. 88 pp.



Como es sabido, existe una larga tradición de médicos en ejercicio, cuya actividad fundamental se desarrolla en la clínica o en el laboratorio, que en un momento determinado optan por llevar a cabo una investigación o una reflexión histórica precisamente sobre los temas que han sido, durante años, motivo de su preocupación y de su actividad profesional. No son historiadores profesionales por lo que, en ocasiones, dichas obras no llegan a tener el «fuste» metodológico o el planteamiento de los más novedosos enfoques historiográficos. Sin embargo, cuando están hechas con rigor y honestidad, constituyen, a mi juicio, aportaciones muy valiosas pues, por un lado ofrecen —a veces de primera mano— datos poco conocidos y de gran interés; y, por otro lado, encierran en sí mismas un importante valor de fuente histórica, ya que sus autores han sido protagonistas directos de la historia que nos narran.

Este es el caso de la breve *Historia de la Anatomía Patológica Madrileña*, cuyo autor, Julio Escalona Zapata, hasta su jubilación Jefe de Anatomía Patológica del Hospital Gregorio

Marañón de Madrid y profesor de esta disciplina en la Complutense. Escalona se formó como patólogo en la década de 1955-65, de modo que las casi noventa páginas del texto que comentamos son deudoras no solo de sus lecturas o de una amplia cultura, que le sitúa en aquella tradición de los médicos humanistas de hace ya muchas décadas, sino también de sus propias vivencias profesionales y de sus inquietudes científicas. Si en el XXI Congreso de la Sociedad Española de Anatomía Patológica, celebrado en 2003 y del que fue vicepresidente, el Prof. Escalona abogaba por la unión de la biología molecular y la histología como clave de la neuropatología, en esta ocasión, se retrotrae a los orígenes de su especialidad en el Madrid del siglo XX para, de manera sosegada e inteligente, esbozar algunos de los elementos fundamentales que nos permiten entender la evolución de la Anatomía Patológica entendida como saber y como tecnología médica.

Inicia Escalona su disertación aludiendo, como no podía ser de otra manera, a la brillante escuela neurohistopatológica madrileña del primer tercio del siglo XX: Nicolás Achúcarro, Gonzalo Rodríguez Lafora, Pío del Río-Hortega, con Cajal y Simarro como referentes, ocupan las páginas de un primer capítulo que termina analizando algunas de las razones de la falta de continuidad de dicha escuela: la prematura muerte de Achúcarro, la mayor dedicación de Pío del Río-Hortega a la histología (más que a la patología) y la de Lafora a la psiquiatría, parecen «agotar», a juicio del autor, el prometedor camino que la Anatomía Patológica estaba iniciando, al no existir una capacidad de retomar y continuar dicha tradición científica.

Es interesante el repaso que Julio Escalona realiza de lo que considera los dos grandes núcleos de la patología madrileña: El Hospital de San Carlos de la Facultad de Medicina y el Hospital Provincial. La íntima relación científica pero también institucional entre la Histología y la Anatomía Patológica, con ventaja para la primera, es una de las causas que tradicionalmente se han expuesto para explicar el escaso desarrollo de la segunda en el ámbito universitario. La unificación de ambas disciplinas (y de la Bacteriología) en una sola cátedra limitó en cierta medida las posibilidades (presupuestos, plazas docentes, etc.) de la Anatomía Patológica que se mantuvo en muy precarias condiciones gracias al tesón de Tello, a quien Cajal había encargado la dirección del Departamento de Autopsias y del laboratorio de histopatología. Esta situación, como bien explica Escalona, se mantuvo hasta 1949, año en el que se desdoblaron las cátedras, siendo ocupadas, la de Histología por F. de Castro y la de Anatomía Patológica por J. Sanz Ibañez. Otras contradicciones de la organización «universitaria» quedan patentes en el libro cuando se explican los avatares del traslado de la Facultad de Medicina de la calle Atocha a la Ciudad Universitaria y las dificultades de ubicación del Servicio de Anatomía Patológica, primero en la propia Facultad y, más tarde, en el Hospital Clínico.

El Hospital Provincial, el otro gran «núcleo» de la Anatomía Patológica madrileña, se nutrió de los médicos pertenecientes a la Beneficencia provincial, con una organización, al principio muy caótica, en la que un clínico como Madinaveitia, hacía las autopsias y Pío del Río-Hortega se encargaba del laboratorio de histopatología, labor que compaginaba con su dedicación fundamental al Instituto del Cáncer. Solo a partir de 1933, Manuel Pérez Lista se hizo cargo del servicio de autopsias y, más tarde, tras la marcha de Río-Hortega al exilio, de un solo servicio (fusionado) de patología macro y microscópica. Julio Escalona destaca especialmente la importancia del que fuera su maestro —Manuel Pérez Lista—, considerando el servicio de Anatomía patológica del Hospital Provincial como «el foco más importante de diagnóstico anatomopatológico de Madrid hasta su jubilación en 1971» (p. 34).

Tras repasar la situación de los servicios o, mejor dicho, de la actividad anatomopatológica en otros hospitales de Madrid, considerados menores (La Princesa, Hospital del Rey, Hospital del Niño Jesús, etc.), Escalona dedica un capítulo interesantísimo a lo que denomina «Los laboratorios independientes»; es decir, laboratorios de Anatomía Patológica que, hacia la década de 1950, se organizaron vinculados a las cátedras e independientes de los servicios centrales del hospital. En San Carlos, el laboratorio de histopatología general, perteneciente a la Cátedra de Patología Quirúrgica, y el de Ginecopatología, vinculado a la Cátedra de Ginecología y Obstetricia. En el Hospital de San Juan de Dios, especializado en enfermedades cutáneas y venéreas, y relacionado con el Provincial, se instaló un laboratorio de Dermopatología. En La Princesa, el propio autor de la monografía que comentamos, puso en marcha, en 1958 un laboratorio dedicado a analizar material procedente de diversos servicios, pero sobre todo del de Neurocirugía.

Este tipo de laboratorios desaparecieron en 1963, cuando se centralizaron todos los servicios de Anatomía Patológica, pero tienen una importancia histórica indudable, pues, además de su peculiaridad organizativa, demuestran en muy buena medida el poder de algunos catedráticos o jefes de Servicio al conseguir dotar y poner en marcha laboratorios propios. Esta «atomización» de recursos, hoy día impensable, permitió el desarrollo de subespecialidades; a través de ellos, se introdujeron en España determinadas tecnologías, como la biopsia intraoperatoria o por punción hepática y renal o, incluso, la citología, a la vez que potenciaron las relaciones prácticas entre clínicos y patólogos. La información y las reflexiones que Escalona nos ofrece de este tipo de organización de los servicios en los años cincuenta, coincidentes con su periodo de formación como patólogo y con sus primeros cargos de responsabilidad, son la resultante de una mezcla de historia y de memoria que, a mi juicio, reviste gran interés.

Otros capítulos, más breves, de esta monografía están dedicados a la Anatomía Patológica en las instituciones militares, a la importancia de la Fundación Jiménez Díaz —y el nuevo concepto de hospital que representó—, en el desarrollo de la misma y a la introducción de la citología, tanto en patología ginecológica como oncológica. Las últimas páginas se ocupan de lo que podríamos lla-

mar el proceso de institucionalización de la Anatomía Patológica en España, con la fundación en 1959 de la Sociedad Española de Anatomía Patológica y de la revista *Patología*, en 1968; así como la importancia que la creación de la red hospitalaria de la Seguridad Social tuvo en la puesta en marcha de servicios de la especialidad.

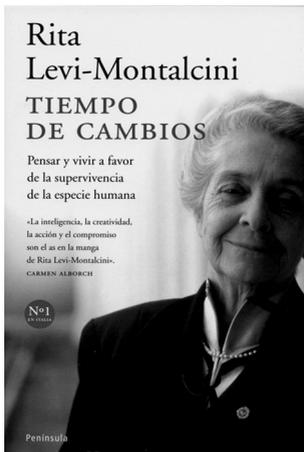
El libro está jalonado de pequeñas reseñas biográficas de la mayoría de los médicos considerados pioneros o maestros de la Anatomía Patológica madrileña, que sitúan y orientan sobre sus circunstancias vitales.

Por la propia naturaleza de esta breve monografía, los datos ofrecidos son concretos y escuetos; a veces son meras pinceladas de unas problemáticas científicas y profesionales que el autor identifica pero cuyo desarrollo exigiría estudios e investigaciones más profundas. Entiendo que esa es otra de las virtudes del texto, dejar puertas abiertas, dar «pistas» para futuras investigaciones sobre la historia reciente de la Anatomía Patológica madrileña y española.

En definitiva estamos ante un libro mezcla de historia y de memoria. No se trata de un libro de investigación histórica al uso, los avatares que se narran no están contextualizados en la historia social y política de la España del siglo XX, ni sus contenidos están ubicados en el marco de los modelos historiográficos habituales. Pero no importa, a los que estén familiarizados con dichos modelos no les será difícil encuadrar y relacionar lo que aquí se dice con categorías más generales; el resto de los lectores disfrutarán de un texto breve pero vigoroso en el que, como he dicho, el valor del recuerdo, se aúna con datos e informaciones útiles para todos aquellos interesados por la historia de la medicina española del siglo XX.

Rafael HUERTAS

RITA LEVI-MONTALCINI, *Tiempo de cambios*, Barcelona, Península, 2005, 111 pp.



Se trata de la última obra de Rita Levi-Montalcini, turinesa universal, que recibió el Premio Nobel de Medicina en 1986 por su descubrimiento del factor de crecimiento nervioso (NGF). El poso esperanzado que ya entonces nos dejó a todos con *Elogio de la imperfección* (*In Praise of Imperfection*), late también en este *Tiempo de cambios*. Y es que su *Elogio* no sólo constituyó la crónica detenida y apasionada de su descubrimiento científico, sino también de otros descubrimientos más personales y, si cabe, aún más deslumbrantes. Por eso debemos ser muchos los que manifestamos nuestra reverencial afición por ese libro, afición que transmitimos fervorosamente a los más jóvenes, y especialmente a quienes alguna vez han pensado que la investigación biológica podía ser un camino que emprender, y lo hacemos para que entiendan por mano experta que será, a la vez, el camino de los entusiasmos y de las renunciaciones.

Ahora, después de la edición original, de Baldini e Castoldi, se acaba de publicar la versión española de *Tempo di mutamenti*. El contenido de este breve ensayo carece de la deliciosa lentitud del *Elogio*, pero tiene, en cambio, en su bien medida concisión, el pulso lacónico de unos apuntes tomados a vuelapluma, probablemente en mitad del ajeteo de una vida dividida entre Italia y los

Estados Unidos. Flanqueado por un prólogo y un epílogo, el opúsculo de Montalcini aparece bien estructurado en tres secciones: el enfrentamiento generacional, el papel de la mujer y las nuevas perspectivas de la globalización. Generaciones, género y globalización es, en suma, un trinomio que muy bien podría hacer las veces de subtítulo.

Probablemente, *Tiempo de cambios* les traerá a ustedes ya desde el prólogo un cierto palpito, un recuerdo del genio renacentista que fue Huarte de San Juan y de su *Examen de ingenios para las ciencias*. De modo similar a aquel médico de Baeza, y salvando los tiempos, claro está, Montalcini plantea la necesidad de un nuevo programa pedagógico fundamentado en los hallazgos más recientes de la neurobiología y en los recursos que brinda hoy la revolución informática. Nos propone un nuevo paradigma educativo que eluda por igual el autoritarismo gratuito y la permisividad laxa, que favorezca el desarrollo tanto de las capacidades intelectuales como de las afectivas y que aprecie tanto los conocimientos como los valores. Defiende Montalcini una educación infantil que no sólo tenga en cuenta los aspectos paleocorticales de un amaestramiento animal basado en premios y castigos, sino también la extraordinaria plasticidad neocortical que nos convierte en seres maravillosamente innovadores e inquisitivos. Su propuesta pedagógica, de lleno en la línea del constructivismo de Seymour Paper, parte del convencimiento de que los conceptos no pueden trasplantarse pasivamente del profesor a los alumnos, poco menos que como quien cambiase el tiesto de una maceta, sino que cada sujeto debe reconstruirlos activamente en un proceso de descubrimiento personal del que él mismo es protagonista. Se trata de pasar, digámoslo así, del *magister dixit* al *magister proposuit* y de la ciencia-doctrina al descubrimiento personal del alumno. En los nuevos tiempos, el profesor no es el que imparte conocimientos, sino, sobre todo, el que despierta curiosidades.

Levi-Montalcini hace un breve repaso de las peculiaridades que este reto educativo presenta para las diferentes edades. No olvida señalarnos, por ejemplo, los riesgos que el abuso de la televisión plantea en los preadolescentes y la necesidad de contrarrestar sus desoladores efectos propiciando cualquier resquicio para diálogo familiar y para entrenar el sentido crítico y la imaginación autónoma. Respecto a esa edad conflictiva de la adolescencia, que desespera a tantos padres y educadores, la autora recomienda actitudes más comprometidas en lo personal: estar más presentes en el estímulo que en la severidad del juicio, no proponer, desde nuestro propio estilo de vida, modelos de éxito social basados en lo material y, finalmente, asumir los propios errores y debilidades con la naturalidad de quien sabe que equivocarse es también aprender. Por último, en cuanto a los jóvenes, Montalcini alienta su incorporación temprana a los mecanismos de decisión social. No sólo como un medio útil de aprovechar su espontaneidad y sus capacidades, sino, sobre todo, porque se están tomando ya decisiones que comprometen gravemente su futuro y es de justicia que su opinión tenga también el peso y la influencia requeridos para salvaguardar sus intereses.

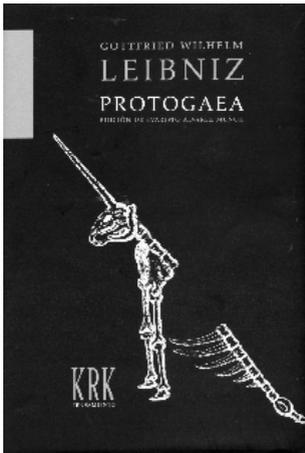
El segundo bloque temático lleva el sugestivo título de «Los dos cromosomas X» y en él se plantean lo que hoy solemos denominar, con bastante ambigüedad terminológica, cuestiones «de género». Evitar la asignación arbitraria de roles y permitir el acceso de la mujer a la alfabetización y a los estudios superiores constituyen para Rita Levi-Montalcini dos objetivos básicos para lograr la justa integración de la mujer en algunas sociedades donde todavía no es plena ni parece que esté en camino de serlo. La reivindicación no es nueva si recordamos que en 1405 ya pedía eso mismo Christine de Pizan en *La ciudad de las damas*. Quizá haya sido esta misma marginación tradicional de la mujer la que ha agudizado precisamente su capacidad adaptativa y la ha dotado de una flexibilidad extraordinaria en el juego social. Dos circunstancias adquiridas casi secretamente a lo largo de la marginación cultural de los siglos, dos habilidades de las que podrá beneficiarse la sociedad entera en el momento en que la presencia de la mujer sea mayor en los foros de decisión y en las tareas ejecutivas. Categóricas fueron en este sentido las palabras de Rita Levi-Montalcini con motivo de la conferencia mundial sobre la mujer, auspiciada por la ONU y celebrada en Pekín en 1995; categóricas y quizá también proféticas: «si el arte de la guerra fue inventado y gestionado exclusivamente por hombres, corresponde ahora a las mujeres la tarea mucho más ardua de inventar y gestionar la paz».

Para finalizar, la última parte de este ensayo comprende un breve análisis de los pros y los contras de la globalización, sus posibilidades infinitas y sus peligros más evidentes. Ahí está la promesa vislumbrada de un mercado sin fronteras, pero sobre todo de una cultura abierta a las culturas, que entiende que compartir no es uniformar, que es respetuosa con la variedad y la presenta como una riqueza. Las nuevas posibilidades de actuación e intervención que hoy nos brindan la informática y la biotecnología no deben desligarse de la responsabilidad que llevan aparejada. Como siempre, los derechos de unos vendrán garantizados por los deberes de otros. Y los caminos de la investigación biológica, que conoce bien la doctora Levi-Montalcini, deben encontrar la armonía de unos límites éticos que garanticen, también aquí, los derechos de todos.

Han pasado cinco siglos desde aquella propuesta de Huarte de San Juan de adecuar los programas educativos a cada uno de los cuatro temperamentos: melancólico, flemático, colérico y sanguíneo, los mismos que heredamos de los viejos tiempos hipocráticos. Volviendo a esos vetustos términos, estoy seguro de que los melancólicos encontrarán en estas páginas buenos motivos para la esperanza, los sanguíneos un poco de la reflexión sana que necesitan, los coléricos verán la conveniencia de perseverar en la pacífica actitud de la tolerancia y hasta los más flemáticos puede que se vean alentados al compromiso solidario. Porque así de entusiasta es la simpatía que Rita Levi-Montalcini ha mostrado siempre hacia los que son injustamente excluidos del juego social. Una simpatía tiene probablemente su origen en la doble marginación que ella misma sufrió: primero como judía en la Italia difícil de Mussolini y luego como mujer en una ciencia protagonizada fundamentalmente por hombres. En las páginas de *Tiempo de cambios* ilumina y alienta una impagable lucidez. Es la voz de una mujer que, pese a las dificultades en que se vio envuelta su vida, no ha sabido ni ha querido coleccionar ningún resentimiento. Ni siquiera en aquellos días tan tristes en que a Europa se le nubló la historia.

Juan V. FERNÁNDEZ DE LA GALA

G.W. LEIBNIZ, *Protogaea*, Oviedo, KRK, 2006, 372 pp.



En 2005 apareció una excepcional colección llamada «Pensamiento», que pertenece a la pequeña pero destacada editorial ovetense KRK. Manifiesta una inusual atención a la ciencia y a sus relaciones con la epistemología y la teoría social. Pese a su juventud, comprende ya un libro del bioquímico John B. Aldane y de Bertrand Russell, *Dédado e Ícaro. El futuro de la ciencia*, así como las *Meditaciones* de Descartes y la *Hipatia* de Dora Russell. Como se ve, su expresa apuesta por la tolerancia y el espíritu ilustrado se apoya en piezas básicas del pensamiento racional y científico.

Ahora acaba de ofrecer la primera versión castellana la curiosa *Protogaea* de Leibniz, reflexión plural y detallada (casi pregoetheana) que constituye, en definitiva, el fundamento mismo de la geología. Es una magnífica edición del texto, traducido y anotado por Evaristo Álvarez Muñoz, quien introduce además el escrito, en pp. 13-75, con notable elegancia y saber. La *Protogaea*, muy citada por los científicos o por los historiadores de la centuria precedente, ha sido poco leída en realidad hasta hace poco. De hecho, aunque

era accesible gracias a las ediciones de la ingente obra de Leibniz hechas en Alemania, sólo ha sido bien recuperada en la última década del siglo XX, tanto en francés como en portugués y japonés. La nueva edición castellana es modélica por todos los motivos posibles, sean éstos bibliófilos, culturales, naturalistas o incluso literarios.

Pues bien, esta obra maestra, escrita en latín, se imprimió en 1749, más de medio siglo después de haber sido redactada (1690-1692), justamente en el año en que Buffon entregaba su *Teoría de la Tierra*, aspecto que será importante para su difusión. La obra de Leibniz fue discutida de hecho desde entonces, dada cierta consonancia que en ella podría hallarse con los nuevos planteamientos naturalistas que empezaron a cobrar peso en la segunda mitad del siglo XVIII. Por parte de la ciencia ilustrada, las reticencias buffonianas ante ella son tan manifiestas como dudosas, y además no hay que olvidar que destacados enciclopedistas como Diderot (que lo compró en 1753), se interesaron abiertamente por sus argumentos. Los historiadores de la ciencia —P. Rossi (en *I segni del tempo*), J. Roger (en *Les sciences de la vie dans la pensée française au XVIII^e siècle*, o en *Buffon*)— han buscado los ecos de esa idea lebniziana de que las formas geológicas van sucediéndose a lo largo de los siglos en autores de las Luces. En todo caso, a lo largo del siglo XVIII sólo pesó un reflejo de Leibniz más o menos deformado (Belaval, *Études lebniziennes*), y habrá que esperar al siglo XIX, la centuria además de la geología, para que se recobre no sólo una parte del legado más universal del gran pensador sino también esta importante *Protogaea*.

Evaristo Álvarez expone con claridad las aportaciones científicas de este texto: la idea de que los cuerpos sólidos tierra tienen un origen acuoso y ardiente a la vez (se hacen «por enfriamiento tras la fusión ígnea y por agregación a partir de una disolución acuosa»); la defensa de una parcelación por regiones de la ciencia terrestre (por ejemplo, la de parte de Alemania o la de Italia del sur), así como del uso sistemático de cortes geológicos; el rechazo definitivo de que los ‘juegos naturales’ permiten explicar los fósiles, al demostrar con brillantez y minuciosidad amplia que serían productos orgánicos; la sugerencia de que una experimentación en geología sería utilísima al igual que ocurre en otras disciplinas.

Pero además de todo ello, al ir leyendo los apartados del libro (poco extensos, hasta el final, el XLVIII), cabe disfrutar con las muchas decenas de discusiones, sean de origen bíblico —como lo es el punto de arranque de su descripción y muchas de sus consideraciones generales—, procedan de las ideas del siglo XVII (en especial de Nicolas Steno) o bien resulten de la metafísica lebniziana y de su sabiduría plural o de su esponjosa memoria, sea ésta popular o lulista, sea metalista (siguiendo al gran renacentista Agricola) o baconiana. Por lo demás, el libro —como objeto impreso— es de una singular belleza y contiene, además de un vasto índice onomástico, un *index rerum* no sólo útil sino también aclarador de las sinuosidades del texto y excelente incitador de la curiosidad de cualquier tipo de persona que a él se acerque.

Mauricio JALÓN

CRISTÓBAL PERA, *El cuerpo herido. Un diccionario filosófico de la cirugía*, Barcelona, Acantilado, 2003, 388 pp. Prólogo de Emilio Lledó.

Siendo estudiante descubrí una vez, en las páginas del tratado de *Cirugía* del profesor Cristóbal Pera, el entusiasmo y la claridad expositiva que no siempre encontraba entonces en las aulas de la Facultad. Quizá por ello la lectura de *El cuerpo herido* no sólo me haya traído recuerdos de otra época, sino también la grata experiencia de aquel mismo estilo del cirujano humanista que disfruté entonces.

Ese mismo pulso humanista respira también en las páginas de *El cuerpo herido*. El título es ya todo un hallazgo que alberga, en su sencillez aparente, la controvertida complejidad de un oficio que se basa precisamente en la agresión terapéutica: herir el cuerpo con la intención paradójica de lograr la curación. Por eso, *El cuerpo herido* no es un mero glosario de términos quirúrgicos, ni un diccionario médico al uso, sino que, como nos advierte el subtítulo, aspira a ser un *diccionario filosófico de la cirugía*. Y lo es, desde luego, en la medida en que busca la reflexión sobre un arte y sobre las palabras que lo describen. Ya verán que las voces que alberga este diccionario van mucho más allá del comentario quirúrgico y se adentran, con provechosa delectación, en los terrenos de la etimología, de la filosofía, de la terminología comparada, de la historia de la cirugía o de la sociología médica. Así, frente a algunas pocas voces resueltas de modo técnico sin salir casi del escenario quirúrgico, hay otras cargadas de referencias y evocaciones fronterizas. Reconozco que son éstas, sin duda, las que prefiero. «*Trasplantes*», «*gestos quirúrgicos*», «*guerra y cirujanos*», «*psicocirugía*», «*transparencia del cuerpo*», «*filosofía y cirugía*», «*respuesta biológica a la agresión quirúrgica*», «*ritual quirúrgico*», «*manos del cirujano*» o «*misoginia y cirugía*», entre otras, no son simples entradas de diccionario, sino verdaderas invitaciones a disfrutar de un itinerario erudito y lleno de pequeñas sorpresas a cada párrafo. La curiosa etimología checa de la palabra *robot*, los albores del término *quirófano*, acuñado en 1892 e incorporado luego al DRAE en la edición de 1925, o el relevante papel que la evolución anestésica tuvo en la incorporación de la mujer a la cirugía, son sólo algunas de ellas.

También las referencias literarias son constantes, de modo que uno se mueve en un ámbito de intertextualidad que abarca de Hipócrates hasta Jacques Attali, pasando por Emily Dickinson, Rimbaud o T.S. Eliot y que decide a veces detenerse y recalcar con mayor provecho en Susan Sontag o en Michel Foucault, de cuya *Naissance de la Clinique* podemos encontrar, por cierto, casi una completa reseña (pp. 348-352.) Y es este tejido de referencias cruzadas, que sostiene y acompaña al lector constantemente, el que hace que las reflexiones de este libro parezcan salirse de las estrictas 388 páginas que uno diría que tiene.

Las únicas mejoras que me animo a sugerir —y casi en voz baja— se refieren a aspectos muy puntuales y exclusivamente de tipo formal. Creo, por ejemplo que es preferible utilizar el término «hiperglucemia» en lugar de «hiperglicemia» (p. 308) o escribir «aleatorio», mejor que «randomizado» (p. 210), siendo ambos calcos del inglés fácilmente evitables. Del mismo modo, es preciso aclarar que, cuando Edward Jenner comenta en una carta a su maestro, el cirujano escocés John Hunter, la posibilidad de utilizar «hedgehogs» (p. 217) en un experimento para aclarar los mecanismos de la hibernación animal, ambos se están refiriendo al erizo (*Erinaceus europaeus*) y no al puercoespín, que resultaría imposible de encontrar, por otra parte, en la campaña inglesa de Berkeley.

Por lo demás, *El cuerpo herido* es una reflexión serena sobre la cirugía de siempre y la paradoja que supone herir para curar, y una mirada abierta también a la nueva cirugía del siglo XXI y a sus términos esenciales. Sabemos que la historia de la cirugía ha tenido puntos francamente extremos: desde los tiempos del menosprecio inicial por un oficio de barberos venidos a más, pero desconocedores de la «cultura latiniparla», hasta el estrellato indiscutible de un arte personalista, espectacular y casi taumatúrgico que se practica, de modo deslumbrante, bajo los focos del quirófano. El futuro es siempre una incógnita, pero parece que la cirugía tenderá a hacerse menos cruenta («mínimamente invasiva», decimos hoy) y que la tecnificación pondrá cierta distancia entre esa mano hábil que hiera y el cuerpo que se siente redimido por ella, restándole protagonismo a ambos.

Confortablemente conducidos por la palabra experta del profesor Pera y guiados por su mano intrépida (en el sentido en que Celso utilizara este adjetivo, allá en el siglo I), todo parece indicar que estamos leyendo un libro de cirugía. Pero sólo lo parece. Porque, entre líneas, Cristóbal Pera nos está hablando en realidad de nuestra propia condición humana.

Después de leer este libro, uno descubre que el quirófano y los diccionarios tienen en común mucho más de lo que intuíamos al principio: en ambos hay una misma delectación en el análisis, en

ambos se practica el arte de lo minucioso con el objeto de entender el funcionamiento del todo y, sea sobre el blanco soporte de la página o sobre la dura verdad de la mesa de operaciones, ambos dejan también un generoso espacio para la sorpresa.

Juan V. Fernández de la Gala

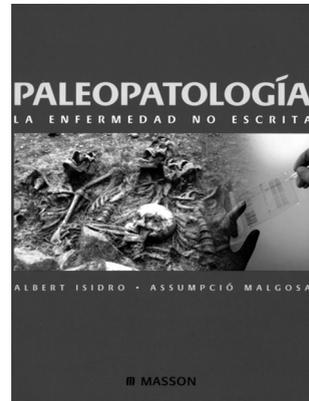
ISIDRO, A. y MALGOSA, A. (ed.), *Paleopatología: la enfermedad no escrita*, Barcelona, Masson, 2003, 351 pp.

En los últimos años, el interés por la Paleopatología ha crecido en nuestro país de forma admirable. Y no sólo en los medios de comunicación, sino también, y de manera más estable, en los ambientes académicos. Así, cuando en España nos referimos a los trabajos pioneros de Child Naranjo, a finales del siglo XIX, o del profesor Bosch-Millares en los años cuarenta y los calificamos de «excepcionales», estamos diciendo la verdad dos veces, ya que lo fueron en ambos sentidos de la palabra: por su aceptable calidad científica y por la insólita rareza de su ejemplo en un país como el nuestro, sin tradición paleopatológica alguna y con ese criterio absurdamente estricto a la hora de trazar límites infranqueables entre ciencias y humanidades.

Afortunadamente, la Asociación Española de Paleopatología (AEP) agrupa y cataliza hoy a un número cada vez mayor de investigadores que ven en esta disciplina un campo muy estimulante, capaz de ofrecer claves útiles para interpretar la historia desde nuevas perspectivas. Médicos de diversas especialidades, arqueólogos, historiadores, antropólogos, zoólogos, botánicos, paleontólogos y hasta legisladores del patrimonio histórico constituyen una pléyade entusiasta y multidisciplinar que encuentra en este campo de investigación un motivo para la reflexión y en la AEP un espacio para el diálogo, la colaboración o el debate.

Paralelamente a este interés en alza, también la bibliografía paleopatológica ha crecido y ampliado significativamente su variedad temática. Bien es verdad que este aumento se debe más a un volumen importante de artículos monográficos que a obras estructuradas que ofrezcan un panorama completo e integrador de la disciplina. Dos novedades nacionales han venido a salvar a tiempo estas carencias y a ofrecer lo que podríamos llamar el esbozo de un cuerpo de doctrina. Y, desde luego, lo han logrado en la medida en que proporcionan una terminología común, unas herramientas metodológicas más afinadas y unos criterios de diagnóstico unificados. Ya en 2001 apareció *Introducción a la Paleopatología*, del profesor Domènec Campillo (Ediciones Bellaterra, Barcelona), un completo tratado de la especialidad escrito por uno de los más destacados representantes de la paleopatología española. Muy bien estructurado en sus contenidos, el manual asumía también los aspectos metodológicos de esta disciplina, que hasta ahora habían sido, en general, poco abordados.

Más recientemente ha visto la luz (y también nosotros hemos visto su luz, útil y clarificadora) la obra colectiva *Paleopatología: la enfermedad no escrita*, recopilación a cargo de Albert Isidro y Assumpció Malgosa, que analiza esta especialidad en sus pormenores históricos, metodológicos y diagnósticos. Creo que la Paleopatología podría ser definida de modo sencillo como la ciencia que se ocupa del estudio de la enfermedad en los restos biológicos del pasado. Constituye un ámbito interdisciplinar y multidisciplinar como pocos pueden llegar a serlo, y esto mismo justifica el abor-



daje necesariamente colectivo de la obra. Se ha discutido mucho sobre la conveniencia de enmarcar la paleopatología como subespecialidad de alguna otra rama del saber científico, pero lo cierto es que esta ciencia goza de una particular habilidad para eludir las taxonomías estrictas. Se trata, en mi opinión, de un campo de enorme plasticidad metodológica, de una perfecta disciplina-hiedra que, plantada bien firme en la tierra, será siempre capaz de trepar por las ramas que mejor se plieguen a cada investigación concreta (arqueología, historia de la medicina, antropología forense, anatomía patológica, reumatología, paleoantropología, zoología, epidemiología histórica, etc.), ofreciendo siempre frutos sorprendentes.

En la selección de temas, Isidro y Malgosa han sabido esquivar oportunamente algunos de los peligros que acechan siempre a los manuales al uso. El primero y más habitual (está prácticamente generalizado) es la estrechez de miras de un enfoque exclusivamente antropocéntrico. Con frecuencia olvidamos que, junto a la patología humana, existe también una patología animal y una fitopatología que son igualmente apasionantes y esclarecedoras a la hora de entender adecuadamente la enfermedad con cierta perspectiva filogenética. El manual salva generosamente este escollo incluyendo sendos capítulos sobre Zoopaleopatología (Albert Isidro ha mostrado siempre una pasión contagiosa por este campo de trabajo) y sobre Fitopaleopatología.

En segundo lugar, es frecuente también que los manuales de paleopatología practiquen un culto excesivo al resto óseo —una especie de «osteocentrismo», si pudiéramos inventar el término— en detrimento de otras fuentes biológicas de información como los tejidos momificados, los exoesqueletos, los restos fosilizados, los coprolitos o los vestigios bioquímicos.

El tercer peligro es la descontextualización de los restos, pues se puede malograr cualquier esfuerzo bienintencionado de interpretación si se prescinde de una mirada al marco de referencia (cultural, histórico, ecológico, o poblacional) en el que están inmersos. La Dra. Malgosa nos proporciona las claves para afrontar con garantías un análisis poblacional revelador que, aunque haya sido construido a partir del estudio de muchas individualidades, logre ofrecernos la necesaria visión de conjunto. Malgosa describe aquí los principales marcadores esqueléticos (nutricionales y ocupacionales) que hemos venido usando como parámetros fiables del estado sanitario y nutricional de un grupo. Y apunta también el interés particular de las patologías infecciosas y traumáticas en la reconstrucción del marco físico y cultural en el que se desenvolvía la vida de las poblaciones arqueológicas.

En conjunto, la obra está bien articulada en torno a cuatro grandes bloques de contenido. El primero, a cargo del profesor Campillo, desarrolla la evolución histórica de la disciplina desde el Renacimiento a nuestros días. Y por supuesto, hay amena y obligada demora en las figuras de Paul Broca y Sir Armand Ruffer. Un segundo bloque aborda los aspectos metodológicos de la disciplina, tanto en lo referente a los trabajos a pie de excavación, como a los estudios antropológicos de laboratorio (estimaciones de sexo, edad y estatura en vida), o a los propiamente diagnósticos, que hoy cuentan con del auxilio eficaz de la histopatología, las técnicas bioquímicas, la microscopía electrónica y los medios más modernos de diagnóstico por la imagen. Un amplio tercer bloque retoma el diagnóstico paleopatológico con la doble perspectiva de sus pormenores regionales (cra-neales, dentales y raquídeos) o de su adscripción etiopatogénica (traumatismos, enfermedades reumáticas, infecciones osteoarticulares, tumoraciones óseas o enfermedades metabólicas y carenciales.) Un bloque final recopila, a modo de miscelánea, otros aspectos de la paleopatología, como los ya mencionados de Fitopaleopatología y Zoopaleopatología, los estudios sobre momias o restos momificados y también otros ámbitos en los que el peso de la información documental cobra mayor relevancia a veces que los restos biológicos propiamente dichos: me refiero a la paleopatología en las manifestaciones artísticas (lo que Pontius denominó *iconodiagnóstico*, creo que con poca fortuna en el término) y a las llamadas patografías o patobiografías, que en España han contado siempre con muy insignes cultivadores.

Desde luego, ninguna o muy pocas objeciones se pueden hacer a este libro. Quizá únicamente que se haya soslayado el peso y la solvencia objetiva de la escuela paleopatológica en lengua alemana. Y

creo que, en este sentido, la amplia lista de bioantropólogos y paleopatólogos de primera fila que se formaron en Austria y Alemania (aunque muchos de ellos procedieran de la Europa del Este) puede fundamentar mi objeción. O quizá el uso del término *elementos traza*, calco del inglés «*trace elements*», a mi modo de ver innecesario mientras dispongamos de la hermosa palabra *oligoelementos*. O, por último, la ausencia de algún capítulo específico sobre paleoparasitología y sobre tafonomía, campos que disponen de fundamentos metodológicos propios y que en España no cuentan todavía con demasiados cultivadores. Por lo demás, el manual constituye ya, por propio mérito, una obra de referencia obligada que todo el que se acerque a esta disciplina sabrá, sin duda, agradecer y valorar.

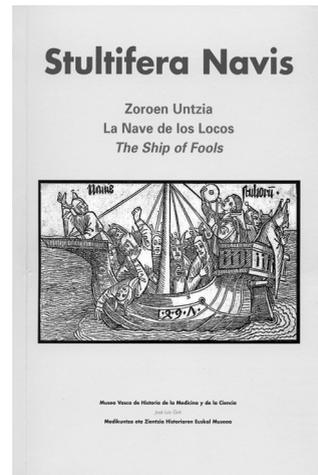
Juan V. Fernández de la Gala.

Stultifera Navis, Bilbao, Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia, 2006. 86 pp.

La publicación que comentamos corresponde al catálogo de la exposición que, con motivo de la celebración del XXIII Congreso de la Asociación Española de Neuropsiquiatría (Bilbao, 10-13 de mayo de 2006), se organizó en el Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia «José Luis Goti». Sus comisarios, el historiador de la medicina Antón Erkoreka —director del mencionado museo— y el psiquiatra Oscar Martínez Azumendi, acogiendo a la fuerza simbólica de la mítica Nave de los Locos, nos proponen un recorrido singular, atracando en diversos puertos de un largo y apasionante viaje por la historia de la locura y de la psiquiatría. La travesía se inicia con la «búsqueda de la piedra de la locura», sección en la que se hace alusión fundamentalmente a la trepanación. Prosigue con «una visita al interior de la mente», que sintetiza algunos aspectos menos cruentos de la exploración psiquiátrica y psicológica, mostrando desde la típica cabeza frenológica y el compás de brazos curvos, hasta diversos modelos de test (Rorschach, Test de Percepción Temática de Murray y Morgan, Test de Szondi para el análisis del destino o dinamismo de la personalidad, etc.). «El duro camino del tratamiento» muestra instrumentos de muy diversas épocas: estiletos para sangrías, jeringas para lavativas, la consabida camisa de fuerza y, sobre todo, un aparato de electrochoque de los años cincuenta y gráficas de insulinoterapia, procedentes del hospital de Zaldibar. Se alude también a la psicofarmacología y al psicoanálisis.

La sección dedicada al encierro asilar y a las terapias efectuadas en otros establecimientos, como los balnearios, contiene algunas piezas muy interesantes, como una máquina para hacer pinzas de colgar ropa (utilizada en ergoterapia). Especialmente atractivos son los instrumentos mostrados en el apartado titulado «Falsos caminos y espejismos»: un ejemplar de oxydonor (cuya comercialización fue prohibida en 1915 tras una denuncia de la American Medical Association), una máquina magneto-eléctrica de 1890 o un aparato de rayos orgánicos ideado por Wilhelm Reich.

La exposición —y su catálogo— termina con dos secciones que muestran el impacto social de la locura. En «Mezclándonos con la gente del lugar» se puede apreciar cómo la enfermedad mental



y las teorías sobre la mente se han incorporado al imaginario social: el cine, la literatura, las revistas, la música, etc., recogen con frecuencia motivos psiquiátricos, unas veces con fines satíricos, otras con afanes reivindicativos, otros, en fin, puramente estéticos.

Se preguntan los organizadores de la exposición, y así lo dejan escrito en el catálogo de la misma, si en este viaje alrededor de la locura estamos en «¿próxima estación o fin de trayecto?». Abogan por la aplicación de los derechos humanos a los pacientes mentales y por la necesidad de superar el estigma que afecta al loco y a sus familiares.

La edición de catálogo está bien cuidada, con fotografías en color de las piezas expuestas y con textos explicativos en euskera, castellano e inglés. No cabe duda que el ejemplar en papel viene a dar continuidad a lo que ha sido una exposición temporal de gran interés. Es evidente que la recuperación del patrimonio histórico-médico es una labor ardua, a veces ingrata, pero muy importante desde el punto de vista histórico. La sensibilidad de los poderes públicos y de los propios profesionales hacia la conservación y restauración de dicho patrimonio no siempre ha sido excesiva, por eso creo que merece la saludar con todo entusiasmo los esfuerzos que en este ámbito se realicen. La labor que Antón Erkoreka, al frente del Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia, viene realizando en este sentido desde hace tiempo es muy importante, como encomiables son otros intentos de recuperación patrimonial realizados en otros lugares del Estado Español, como Cataluña. Queda, sin embargo, mucho por hacer. El catálogo de la exposición que comentamos nos da pistas sobre posibles actuaciones: sensibilizar a las instituciones, a la administración, a las sociedades científicas, etc., de la importancia de conservar el patrimonio. Y, naturalmente, sensibilizarnos nosotros mismos, convencernos de que la historia puede leerse no solo en los papeles, sino también en los edificios, en los objetos, en las imágenes y en un largo etcétera de materiales que no siempre están en los archivos o en las bibliotecas.

Rafael Huertas

MOHAMMED MELHAOUI, *Peste, contagion et martyre. Histoire du fléau en Occident médiéval*, Paris, Publisud, 2005, 217 p.

En France, à l'exception des études du médecin, historien et démographe Jean-Noël Biraben¹, peu de travaux, s'adressant souvent à un public spécialisé, existent sur la Peste noire et ses conséquences dans l'Occident musulman médiéval. On comprendra alors tout l'intérêt de l'ouvrage de Mohammed Melhaoui sur ce thème qu'il connaît bien puisqu'il lui a consacré non seulement une thèse de doctorat d'histoire, mais aussi quelques travaux portant notamment sur la « *perception de la peste en pays chrétiens byzantins et musulmans*² ».

Par cette synthèse d'un peu plus de 200 pages, accessible à un large public, l'auteur, sans ouvrir pour autant un nouveau champ d'étude, s'inscrit dans ce vaste mouvement historique et scientifique

¹ BIRABEN J.-N., *Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens*, tome I, *La peste dans l'histoire*, tome II, *Les hommes face à la peste*, Paris, La Haye, Mouton, 1975 et 1976, 455 et 416 p. Du même auteur, «La Peste noire en terre d'Islam», *L'Histoire*, n° 11, p. 30-40.

² CONGOURDEAU, M.-H. et Melhaoui, «La perception de la peste en pays chrétien byzantin et musulman». *Revue des Études Byzantines*, 59, 2001, p. 95-124.

qui participe actuellement à renouveler l'histoire de la peste, notamment par l'apport de sciences telles que l'archéologie funéraire, l'archéozoologie ou la paléobiologie.

Le laboratoire que nous ouvre M. Melhaoui est celui des lettres, des auteurs musulmans, médecins et intellectuels témoins de la catastrophe. Il nous propose « *un retour aux sources, une traduction partielle et une interprétation de ces dernières afin de voir [...] l'histoire de la peste [...]* », (p. 201), dans les petites principautés musulmanes encore existantes dans la Péninsule Ibérique au XIV^e siècle, ainsi que sur une vaste partie du Maghreb. Il nous donne donc accès à des sources jusque là difficilement consultables ou peu utilisées jusqu'à présent dans les travaux de synthèse sur la Peste noire en Occident.

Pour le reste pas ou peu de surprises, mais encore faut-il l'écrire. Dans une longue introduction l'auteur pose un des postulats de son travail : la Peste noire apparaît alors que les terres sous domination musulmanes, (mais cela est valable en fait pour tout l'Occident), sont déjà dans une phase de crise, politique, sociale, économique, etc., relativement aigue et commencée pour partie selon M. Melhaoui avec la défaite de Las Navas de Tolosa en 1213. En cela la thèse M. Melhaoui s'inscrit dans un courant historiographique classique plaçant la venue de la Peste noire dans une conjoncture « *déjà profondément dégradée* ». Pour de nombreuses contrées, elle ne va être que le paroxysme d'une série de calamités comme le soulignait dans un ouvrage de synthèse le médiéviste Alain Demurger³.

Dans un second temps, M. Melhaoui présente les sources sur lesquelles il fonde son étude, puis il brosse un succinct tableau de quelques-uns des maux qui affligent alors le Maghreb et Al Andalous avant la Peste noire. Enfin, il se consacre longuement à l'étude de l'épidémie.

Globalement le lecteur apprendra alors que du côté de la prévention et du traitement, les analyses des médecins arabo-musulmans « restent fidèles à la théorie humorale d'Hippocrate ou de Galien », et qu'ils font preuve d'un sens aigu de l'observation comme le laisse entendre l'andalous Ibn al Khatib au travers de deux fines descriptions de la peste sous ses formes bubonique et pulmonaire.

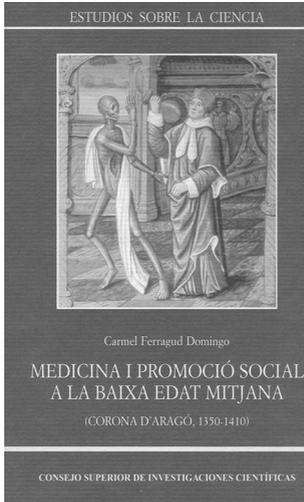
Comme partout ailleurs, devant l'insuffisance de ces thérapies traditionnelles, le recours aux « remèdes spirituels » s'impose, par le biais d'une pastorale articulée notamment autour de processions. La question de la fuite devant la peste, vue comme un châtement divin et pouvant, sous certaines conditions, conduire au martyre, est largement abordée. Au travers de cette synthèse apparaissent donc des similitudes de comportements face à la maladie. Les recours aux remèdes spirituels et matériels, etc entre les mondes musulman et chrétien sont globalement identiques. Tous sont surpris et impuissants face au mal. Là réside un des aspects fondamentaux de « l'Universalité » des conceptions que se font les hommes de la peste et des réactions qu'elle entraîne.

Quelques regrets toutefois, nous aurions aimé trouver une ou plusieurs cartes notamment sur les axes de pénétration de la peste. De même le plan utilisé par M. Melhaoui, nous semble trop universitaire, plus méthodologique que littéraire. Tout cela n'enlève rien cependant à la qualité essentielle de cet ouvrage qui est de faire découvrir au lecteur des auteurs et des témoignages de première importance sur une des plus grandes catastrophes de l'histoire humaine.

Stéphane Barry

³ DEMURGER A., *Temps de crises, temps d'espoirs, XIV^e-XV^e siècle*, Paris, Seuil, 1990, p. 17.

CARMEL FERRAGUD DOMINGO, *Medicina i promoció social a la baixa Edat Mitjana (Corona d'Aragó, 1350-1410)*. Madrid, CSIC, 2005, 702 pp.



Buen trabajo el realizado por Carmel Ferragud Domingo en este libro, resultado de su tesis doctoral (Valencia, 2002) y cuyos valores ya han sido reconocidos con los dos premios que recibió la obra en ese mismo año. Siguiendo el camino y las enseñanzas de Luis García Ballester (a quien está dedicado afectuosamente el volumen), Ferragud traza un mapa amplísimo de la medicalización de la sociedad catalanoaragonesa desde la mitad del siglo XIV hasta la primera década del XV desde un punto de vista sociológico. A partir del trabajo paciente en numerosos archivos y bibliotecas, el análisis minucioso y la interpretación inteligente de la documentación conservada en los ricos archivos de la Corona de Aragón (sobretudo en Valencia y Cataluña), consigue reconstruir con el método de la prosografía el comportamiento del grupo social de los sanadores medievales, analizando los personajes más destacables (físicos, boticarios), pero también los que pertenecen a los escalafones sociales más bajos (barberos, cirujanos).

El libro demuestra con creces que el prestigio social y económico que adquirieron progresivamente los sanadores medievales es una consecuencia directa del reconocimiento social que obtuvieron los practicantes de la nueva medicina universitaria,

que supo transmitir a la sociedad de la baja Edad Media el interés por los problemas de la salud y de la enfermedad vistos como fenómenos naturales. En este sentido, la obra de Ferragud es un complemento temático al libro de Michael McVaugh, *Medicine before the plague. Practitioners and their patients in the Crown of Aragon. 1285-1345* (Cambridge, 1993) porque el objetivo es el mismo (el estudio en la Corona de Aragón de la medicalización de la sociedad que se produjo en el Occidente latino a partir de la segunda mitad del siglo XIII) y porque el trabajo de Ferragud empieza donde el de McVaugh acaba: con la terrible peste de 1348.

Uno de los méritos de Ferragud consiste en el análisis de la documentación de 41 ciudades, situadas en los distintos reinos catalanoaragoneses: cuatro de Aragón, dieciocho del Reino de Valencia, diecisiete de Cataluña y dos del reino de Mallorca. El progreso económico, social y político de los practicantes de la medicina se circunscribe, pues, en el amplio territorio de un estado y no en el ámbito de una ciudad, que aunque es interesante ofrece una perspectiva limitada. Otro valor del libro radica en la documentación en sí: aunque fundamentalmente proporciona datos sobre el colectivo masculino y cristiano, Ferragud ha tenido la habilidad de fijarse en las minorías que aprendieron la medicina siguiendo el sistema de enseñanza abierto y que contribuyeron a formar el paraguas sanitario que atendió a amplias capas de la población. Me refiero, por supuesto, a los judíos, los mudéjares y las mujeres, a los que Ferragud presta atención sin escatimarles méritos. Otra cualidad del volumen es que enlaza temas sociales, políticos, económicos y culturales, por lo que su apuesta por la interpretación amplia e interdisciplinar de la historia merece mi más encarecido elogio. Destaca, además, la prudencia en el análisis de las fuentes, de modo que las conclusiones a las que llega Ferragud son siempre sensatas, sin caer en la trampa fácil de la interpretación fantasiosa de los documentos. Así, a lo largo del libro se va perfilando el trayecto vital de distintas familias de sanadores, que sirven de muestra en los distintos capítulos: es el caso de los Bernat Figuerola de Manresa, los Sarriera de Girona o los Granollacs de Barcelona, ejemplos del proceso de promoción social de profesionales de la medicina que se da en toda Europa.

Pero vayamos por partes. Después de una breve introducción (unas veinte páginas) en la que se aclaran conceptos (qué se entiende exactamente por físico, cirujano, médico, boticario, barbero y sanador; en qué consiste la medicalización de la sociedad), se explica el marco cronológico del estudio y la metodología utilizada, el volumen se divide en tres grandes partes. La primera de ellas examina cómo las familias y las estrategias matrimoniales contribuyen a mantener el estatus profesional y de progreso social que se ha iniciado en algún momento de la saga. La segunda parte analiza a fondo las actividades económicas (que nada tienen que ver con su profesión) llevadas a cabo por los practicantes de la medicina, que les permiten conformar sus patrimonios. La tercera explica que este proceso de escalada social culmina con la participación de estos profesionales de la medicina en las instituciones municipales de las ciudades que les han visto nacer y enriquecerse.

La primera parte, dedicada al marco familiar, se divide en dos capítulos. El primer capítulo plantea que las dos estrategias de promoción social son el matrimonio y la educación. Por lo que respecta al matrimonio, los documentos muestran que se tiende a la endogamia profesional del mismo modo que el oficio se traspasa de padres a hijos. El análisis de las dotes matrimoniales permite observar cómo la familia ha ascendido socialmente con el paso del tiempo puesto que las cantidades de la dote recibida en el propio matrimonio y en la otorgada a las hijas son distintas. El análisis de los testamentos muestra, a su vez, que las viudas se casan con otro marido también médico o que algunas de ellas sustituyen a los maridos muertos al frente del negocio. En cuanto a la educación de los hijos y al aprendizaje del oficio, se circunscribe acertadamente el tema en la red de escuelas municipales y los estudios universitarios posteriores. En este sentido, la ayuda de los parientes y las becas municipales o reales sirven para sufragar los gastos de la educación de los futuros médicos, porque tanto la monarquía como la ciudad saben que la medicina es un beneficio para la cosa pública. Por otro lado, las familias de sanadores tienen criados y esclavos a su servicio que aprenden el oficio en las boticas y obradores a través del sistema de enseñanza abierto. El segundo capítulo analiza cómo algunos sanadores se convierten en consejeros bien considerados por la vecindad, gracias a la proyección social que han adquirido con su oficio. Actúan así de procuradores, de tutores, de curadores o de albaceas testamentarios y los que consiguen trabajar bajo la protección de la familia real logran ser eximidos de algunas obligaciones, fiscales o militares, exenciones que son traspasadas a los hijos. El capítulo dedica unas páginas a la participación de médicos, barberos o boticarios en las bandosidades y violencias características de la época.

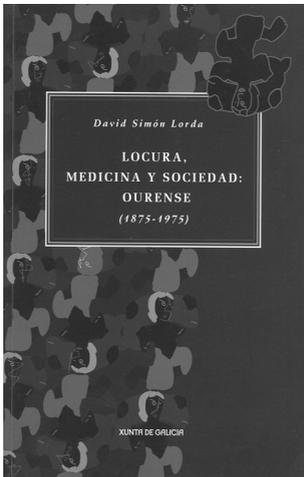
La segunda parte, dedicada al rendismo y la especulación mercantil, se divide en cuatro capítulos. El capítulo tercero trata de la práctica médica y sus beneficios. Los profesionales de la medicina se dividen aquí en dos grupos, los físicos y cirujanos por un lado, caracterizados por una movilidad geográfica importante, y los boticarios y barberos por el otro, que acostumbran a permanecer en un sitio fijo. Ferragud dibuja el perfil profesional de cada uno de ellos y los relacionan con las asociaciones o sociedades que surgen entre profesionales para protegerse mutuamente. El capítulo cuarto expone las actividades crediticias a que se dedican los sanadores de manera habitual, tanto en el papel de prestatarios como en el de demandantes de capital. Evidentemente, los documentos hablan del préstamo ejercido por los cristianos y por supuesto también por los médicos judíos. El capítulo quinto se centra en las explotaciones agropecuarias y la especulación inmobiliaria, tanto en las ciudades como en las zonas rurales. El capítulo sexto relata la relación de los boticarios y especieros con el comercio urbano y la participación de los sanadores en el comercio marítimo, la actividad más importante de la época, sobretudo en el papel de socios inversores y de inversores o gestores de mercancías. Los boticarios, barberos, médicos y cirujanos viajan en los barcos como profesionales de la medicina, pero participan también en los negocios. Y es que los sanadores actúan del mismo modo que lo hace la burguesía que triunfaba como grupo social emergente en las ciudades de la Europa mediterránea: hacen negocios con el comercio, el préstamo, la manufactura, y adquieren propiedades urbanas y tierras en las zonas rurales en las que levantan casas que utilizan como residencia temporal.

La tercera y última parte, dedicada a la manifestación pública del poder de los sanadores, se divide a su vez en dos capítulos. El capítulo séptimo analiza la actividad funcional y la participación de los sanadores en la política municipal. Los practicantes de la medicina formaron parte del grupo de prohombres y del patriciado urbano y en algunos casos (Arnau de Vilanova) se encargaron de misiones diplomáticas importantes al servicio de la monarquía. Los sanadores actúan como consejeros de las grandes ciudades, Valencia y Barcelona, y acostumbran a imitar el modo de vida de la nobleza, como en la tendencia que prueban los documentos al lujo y a la ostentación, visible en algunas casas de médicos insignes. De ello trata del último capítulo del libro, el octavo, que analiza los inventarios de bienes y describe la distribución del espacio doméstico, los objetos que decoraban las casas y cómo era el ocio (música, caza) y la religiosidad de sanadores diversos.

El volumen se complementa con veinte páginas de conclusiones, diversos mapas y cuadros de las familias documentadas, un índice de nombres y una rica bibliografía, siempre útiles en libros de estas características. Nada que objetar, pues, al buen trabajo de Carmel Ferragud Domingo. Sólo cabe animarlo a continuar adelante, a pesar de las dificultades que deben superar los profesores de educación secundaria que se dedican a la investigación.

Antònia Carré

DAVID SIMÓN LORDA. *Locura, medicina y sociedad: Ourense (1875-1975)*, Ourense, Fundación Cabaleiro Goás - Complejo Hospitalario de Ourense. 2005; 494 pp.



La historia de la asistencia psiquiátrica en España está necesitada de trabajos locales que muestren no solo el funcionamiento de instituciones concretas, sino las relaciones entre los cambios asistenciales y las políticas locales. Este tipo de estudios permitirán comprender las importantes diferencias que existen entre las prácticas cotidianas y los marcos generales —teóricos, legislativos, etc.— establecidos por una historiografía, a veces tópica, que aplica clichés y generaliza de manera acrítica modelos contruidos para otras realidades sociales.

La monografía de David Simón Lorda tiene una especial importancia en este sentido porque se trata de una investigación de *longue durée*, en un contexto delimitado y «periférico» (la provincia de Ourense) y supone, a mi juicio, un ejemplo de esa micro-historia tan necesaria para averiguar el funcionamiento concreto de las cosas; una historia local que, lejos del anecdotario o la «erudición localista», aborda problemáticas generales que se relacionan directamente con aspectos políticos, económicos, ideológicos, etc., tanto regionales como estatales. Se trata, en definitiva, de una investigación de largo alcance —amplia,

detallada y profunda— en la que se abordan cien años de historia de la locura, de la psiquiatría y de la asistencia psiquiátrica en Ourense: de la Restauración borbónica (1875) al comienzo de la Transición (1975). No en vano, la obra que ahora reseñamos es la versión modificada de la tesis doctoral del autor que, en su momento, mereció el Premio «Hernández Morejón» de la Sociedad Española de Historia de la Medicina.

El libro se estructura en apartados o capítulos que se corresponden con los periodos habitualmente aceptados para la historia política de España: Restauración; Dictadura de Primo, Segunda República, Guerra civil y Franquismo. El mayor o menor desarrollo de los mismos depende, en buena medida, de las fuentes encontradas y de la importancia de los cambios asistenciales en cada época; así, el capítulo de la guerra civil es más escueto, mientras que otros, como el de la Restauración o el Franquismo resultan mucho más amplios y prolijos.

No resulta fácil, en una obra de este calado, hacer una revisión detallada de lo expuesto por su autor. Hay, sin embargo, aspectos de la obra de Simón Lorda que, sin desmerecer otros, me parece oportuno destacar; así, la parte dedicada a la Restauración es un ejemplo de investigación histórica en archivo. Las fuentes utilizadas —desde los documentos del archivo diocesano hasta los de la diputación; desde expedientes y contratos hasta correspondencia personal—, permiten al autor sacar conclusiones realmente interesantes y novedosas. De gran interés es la descripción de las Salas de observación o Celdas de dementes del Hospital Provincial —única respuesta institucional a la locura existente hasta que en 1885 se abre el manicomio de Conxo—; como lo es el análisis de la puesta en funcionamiento de dicho establecimiento, en el que no solo se habla de su arquitectura, de sus primeros médicos o de sus primeros pacientes, sino también de las características de su gestión, mediante el estudio de los conciertos que la diputación ourensana realizó con el manicomio, propiedad de la Iglesia. Las negociaciones entre ambas partes y sus consecuencias ocupan unas páginas notables cuyos contenidos merecería comparar con lo acaecido en otros establecimientos psiquiátricos situados en otros contextos geográficos.

Revisé también un gran interés el examen que David Simón hace de la aplicación de la reforma psiquiátrica republicana en Ourense y en Galicia. Estoy de acuerdo con él en que la segunda República fue una época llena de esperanzas, pero también de contradicciones, como lo demuestra la escasa trascendencia que la reforma republicana tuvo en la asistencia ourensana, o la desafortunada actuación tanto de la Asociación Española de Neuropsiquiatría como del Consejo Superior Psiquiátrico —con Lafora como su máximo responsable— en los conflictos de Conxo de 1933. A este respecto, merece la pena destacar la importancia que tuvo el movimiento obrero (el anarcosindicalismo fundamentalmente) entre los trabajadores de Conxo, al plantear, junto a sus reivindicaciones laborales, las denuncias de las condiciones de vida de los pacientes ingresados; lo que trajo como consecuencia la expulsión de algunos profesionales. Simón considera esta situación excepcional en la historia de la psiquiatría española, al menos hasta las luchas psiquiátricas del tardofranquismo. Seguro que tiene razón en lo que a las actividades y las vindicaciones concretas se refiere, pero no puedo por menos que recordar que los trabajadores psiquiátricos del Hospital de La Carellada (Oviedo), masacrados en plena guerra civil por las tropas franquistas y sepultados en la fosa común de Valdedios, pertenecían en su mayoría a sindicatos y organizaciones obreras.

Finalmente, en el capítulo dedicado al franquismo, cobra especial importancia el estudio de la figura y las aportaciones de Manuel Cabaleiro Goás, que viene a constituir una especie de monografía dentro de la monografía. La biografía intelectual de Cabaleiro es analizada por Simón con sumo detalle, abordando sus contribuciones al saber psiquiátrico (desde su tesis doctoral sobre *La psiquiatría en la medicina popular de Galicia*, leída en 1953, hasta sus estudios sobre la esquizofrenia), su papel en la institucionalización de la psiquiatría en Ourense y en Galicia (participación y organización de jornadas, congresos y seminarios), o sus actividades en el marco asistencial, como su relación con el PANAP y, de manera muy especial, su papel en la organización del Hospital psiquiátrico de Toén, el establecimiento abierto en 1959 y que constituyó la primera intervención en la asistencia hospitalaria pública en Galicia, planificada desde la competencia del estado central franquista.

Cabaleiro forma parte de lo que algunos autores han denominado la «generación perdida» (Lafora, Sacristán, Valenciano, etc.). Tanto al propio Cabaleiro como a su maestro, José Pérez Villamil, catedrático de Medicina Legal en Santiago de Compostela y encargado de la docencia de Psiquiatría y Psicología Médica hasta 1971, se les ha considerado exponentes del llamado «exilio

interior»; no sé hasta qué punto las dificultades que ambos tuvieron en el mundo académico, al no conseguir que se dotara una cátedra de Psiquiatría en la universidad compostelana es razón suficiente para incluirlos en dicha categoría de «exiliados interiores». Villamil no consiguió que se convocara dicha cátedra, pero siguió siendo titular de la de Medicina Legal, y Cabaleiro nunca llegó a ser catedrático pero fue director de Toén y figura indiscutible de la psiquiatría ourensana; incluso cuando a finales de los sesenta y primeros de los setenta intentó poner en marcha un Centro de Formación Profesional de Psiquiatría para médicos graduados, adscrito a la Universidad de Santiago, contó con el apoyo de la Diputación y de la Dirección General de Formación Profesional y Extensión Educativa, siendo el Claustro y el Decanato de la Facultad de Medicina los que finalmente vetaron dicho proyecto. Con todo el respeto y la consideración que merecen tanto Villamil como Cabaleiro, no podemos olvidar las depuraciones de otros profesores y profesionales que perdieron sus cátedras o sus puestos de trabajo; recuérdese, a modo de ejemplo, que a Bartolomé Llopis no se le dejó ejercer la medicina durante algunos años, en los que tuvo que emplearse como telegrafista.

En cualquier caso, si me cuesta considerar a Cabaleiro (o a Villamil) un exponente claro del «exilio interior», creo que es de absoluta justicia reconocer su honestidad y, desde luego, su nula vinculación ideológica con el Régimen. Al contrario que otras figuras de la psiquiatría franquista, jamás hizo exaltación del nacional-catolicismo y su preocupación por los aspectos sociales de la psiquiatría, así como su compromiso por la mejora de la asistencia psiquiátrica, tal y como describe con acierto Simón Lorda, fueron una constante en su trayectoria profesional. Además, Cabaleiro, al establecer relaciones con la psiquiatría portuguesa y americana, se convirtió en un puente excepcional con los psiquiatras del exilio.

Todo ello es narrado por David Simón Lorda de manera vigorosa y pormenorizada. Pero todavía me gustaría destacar algunas virtudes más de esta historia de la psiquiatría ourensana. Por un lado, la contextualización histórica de cada capítulo con apartados que el autor denomina «Entornos de época» y que permiten ubicar su investigación en la realidad social política y económica de Ourense, de Galicia y del estado español. Por otro, la excelente documentación; ya me he referido al magnífico trabajo de archivo, pero no lo es menos el manejo de la bibliografía secundaria y, de manera particular, la estupenda y abundante iconografía: muchas fotografías, pacientemente recopiladas en archivos públicos y en colecciones privadas, así como reproducciones de textos, informes, portadas de libros, etc., ilustran el texto siendo, en sí mismas, fuentes históricas de indudable valor. Además, el libro tiene unos anexos documentales en los que se reproducen documentos claves que han sido utilizados en la investigación y que el autor ofrece «a texto completo», un verdadero lujo historiográfico: la carta del Cardenal Payá y Rico de 24 de septiembre de 1889, que pone de manifiesto que la Iglesia (dueña de Conxo) nunca tuvo intención de ceder al Estado (a la Diputaciones) la asistencia psiquiátrica; el informe de Lafora de 1931, también sobre Conxo; alguna memoria de la Junta municipal de sanidad de Ourense; documentos de la CNT de los años treinta relacionados con Conxo; alguna historia clínica, etc., etc.

En suma, un libro importante, una aportación a la historia de la psiquiatría española que demuestra, una vez más, que no podemos seguir hablando de Madrid y de Barcelona como los dos únicos núcleos de actividad psiquiátrica en el Estado español. Un libro que, desde la historia local, nos enseña historia total.

Rafael Huertas

CARLOS DEL VALLE (Ed.), *Maimónides. Médico. Un capítulo de la historia de la medicina española*, Madrid, Aben Ezra Ediciones, 2005, 183 pp.

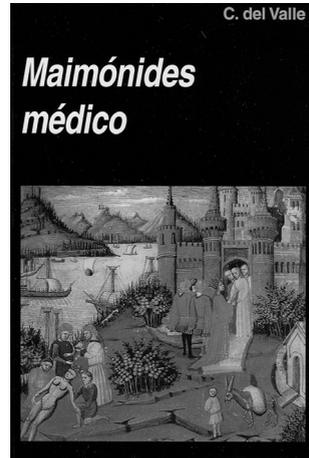
Sin duda, es Maimónides uno de los más famosos pensadores judíos de nuestra historia. Sin embargo, era importante insistir en sus amplios conocimientos médicos, que permitieron una renovación de la medicina medieval y que a él le permitieron sobrevivir. Nacido en Córdoba en 1138 se traslada pronto con su familia a Marruecos debido a la intransigencia de los almohades. Tras siglos de convivencia de las tres culturas, la llegada de este pueblo había dificultado a las minorías la vida en la España árabe. Más tarde pasarán brevemente por Palestina y se establecieron de forma definitiva en el viejo Cairo —en Egipto— en donde morirá en 1204. Sus manuscritos se dispersaron por todo el mundo y han sido poco a poco editados. Sin embargo, según Max Meyerhof su vieja sinagoga cairota quedó como lugar de peregrinación de enfermos, incluso de ilustres dolientes.

Bien conocido como filósofo, debido a su *Guía de perplejos*, este libro nos permite entrar en su saber médico. Sabiduría que se basa de forma esencial en el mundo griego, si bien conoce y cita a los principales médicos árabes y judíos, conociendo bien la ciencia peninsular. Escribía sobre medicina en árabe, sobre filosofía o teología en hebreo, o en árabe con caracteres hebreos, siendo muchos de sus escritos recordatorios para sí mismo o para sus discípulos. Esta forma de escritura eran frecuente en la antigüedad, así cuando Alejandro se queja a Aristóteles de haber vulgarizado la *Física*, contesta éste según Plutarco que se trata de apuntes para sus estudiantes, tan solo inteligibles para los entendidos.

Otros escritos de Maimónides están encargados por o dirigidos a poderosos, por lo que se le atribuyó un espíritu de adulación exagerado. Sin duda, para un judío viviendo en una sociedad árabe, era necesario extremar la prudencia. Además, la muerte de su hermano David, el comerciante, aparte de sumirlo en profunda y larga melancolía, lo obligó a buscar otras formas de sustento. El servicio a los poderosos era importante, así atendió a la corte de la familia Saladino, y se dice que fue solicitado por Ricardo Corazón de León. Se ocupaba de la guía espiritual de sus fieles, de sus escritos científicos, filosóficos y religiosos y del trabajo clínico. Aparte de acudir a la corte, tenía una clientela, tan variada como numerosa. Unas interesantes cartas nos hablan de este fatigoso quehacer. «Porque tú sabes qué amplio y qué difícil es esta disciplina para un hombre que es consciente y exigente, que no quiere dar un diagnóstico que no pueda apoyar con argumentos y sin saber dónde ha sido dicho y cómo ha podido ser demostrado» (p. 13).

En sus escritos hay que señalar sus comentarios a los clásicos, en especial Galeno e Hipócrates, también sus propios aforismos, los escritos contra diversas enfermedades, como asma, hemorroides, venenos... y los distintos tratados de higiene. Quizá en estos —aparte su papel en la mejora y transmisión del saber antiguo— es donde radica su mayor originalidad. En su pensamiento hipocrático la prevención es esencial, respeta la fuerza de la naturaleza, la concordia de alma y cuerpo. El saber y la prudencia rigen su quehacer. También son interesantes sus escritos sobre el nombre de las drogas, en la tradición de las traducciones de Hunain, que tanta dificultad encontraron en Dioscórides.

La higiene se basa en las ideas clásica sobre las «sex res non naturales», es decir aquellos elementos que unas veces están en nosotros y otras no, que unas veces afectan a la salud y otras no. Se preocupa por la comida y la bebida, el reposo y el ejercicio, el sueño y la sexualidad, la limpieza y la distracción.... Recomienda lecturas, conversaciones, entretenimientos y música con dulce



canto... incluso el vino. Sus prescripciones higiénicas, es decir la dieta, van variando con el día y la estación. Se muestra también discreto en la relación de la ética con la medicina, lógico en un judío en tierras musulmanas. «La religión prescribe todo lo que es útil y prohíbe todo lo que es dañino para el mundo futuro, mientras que el médico señala lo que es útil y amonesta sobre todo lo que es dañino en este mundo» (p. 60).

En sus escritos sobre melancolía —malestar que bien conoció— parece hacer portentosos descubrimientos, así la unión de fases de depresión con otras de excitación en muchos pacientes. «He tenido la ocasión de tratar a pacientes cuya enfermedad tenía el mismo curso que el de los reyes que sufren melancolía, esto es, que se transforma en manía, esto es, en una locura delirante» (p. 59). El alma puede resistir a la pasión —nos dice— con la lectura de libros éticos, religiosos o de sabios, adelantando así en muchos siglos a Philippe Pinel. La melancolía es una preocupación por desgracias pasadas o futuras, que se debe ahuyentar, pues aquéllas no tienen remedio, mientras éstas son inciertas. Michel de Montaigne añadirá la imposibilidad de prever las múltiples amenazas que nos acechan.

El libro que Carlos del Valle nos presenta, comienza con una introducción del editor, sigue con tres importantes trabajos sobre Maimónides, que se reeditan, los de Fred Rosner, Max Meyerhof y W. M. Feldman, además de tres estudios de Gerrit Bos, Mordechai Friedman y Lola Ferre, en relación con el Congreso Internacional de Maimónides. En fin, el editor aporta la traducción de las introducciones de los tratados médicos, una interesante bibliografía, un índice analítico y un sumario en inglés. Libro importante, que se enmarca en la colección «España judía», que nos ha dado a conocer aspectos necesarios de esa antigua y eterna cultura.

José Luis Peset